

Leyendas de las tierras de Helárisos I

El héroe durmiente

Pablo Martínez Fernández

Copyright © Pablo Martínez Fernández
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

ISBN: 978-84-608-6443-1

Diseño de cubierta: Joe A. Arca
Maquetación: Pablo Martínez Fernández

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor.

A mis primeros lectores (Papá, Mamá, Javier, Julia y Pepa), por todo su cariño, sus críticas y sus muestras de ánimo.

«Hay tres clases de héroes: los que nacen para serlo, elegidos por el destino; los que lo desean por encima de todo y no se detienen ante nada; y por último los que se enfrentan a sus miedos y se convierten en héroes sin darse cuenta. ¿Cuál creéis que merece más admiración?».

Moracles de Táberis

Filósofo y comediante

- I. En un pueblo de la Marca
- II. Elegir al elegido
- III. Tres en uno y cinco en el camino
- IV. A orillas del Mesogeis
- V. Cuentos y leyendas
- VI. La ciudad más antigua
- VII. Se abre el telón
- VIII. Una antorcha en las almenas
- IX. Encuentros inesperados
- X. La amenaza de la guerra
- XI. La tormenta de fuego
- XII. La marca del destino

I. En un pueblo de la Marca

A Erban siempre se le pegaban las sábanas, pero nunca tanto como los días previos a la fiesta de la primavera. Con el buen tiempo llegaban las caravanas de los mercaderes que marchaban a Deltabros o a Gadar, con su séquito de juglares, artesanos, peregrinos y demás viajeros; y en consecuencia el trabajo se acumulaba en la única posada de la aldea. Erban apenas tenía un instante de respiro desde el alba hasta el anochecer, y por eso intentaba alargar lo más posible esos maravillosos minutos de paz antes de despertarse por completo.

—¡Erban, levántate de una vez! ¡Te quiero ver en la leñera en cinco minutos, o verás lo que es bueno!

La voz autoritaria de su tía le arrancó del sueño como si de un jarro de agua fría se tratase. Erban gruñó y tiró de la manta para cubrirse la cara, pero se sabía derrotado, así que se levantó y buscó a tientas su ropa sin dejar de bostezar.

Siete minutos después, con un poco de leche y pan en el estómago y una pequeña hacha bajo el brazo, Erban salía del edificio principal de la posada y atravesaba el patio en dirección a la leñera. El cabello oscuro le goteaba sobre los hombros como resultado de hundir la cabeza en una palangana de agua fría, pero a pesar de ello todavía le pesaban los párpados y sentía el cuerpo dormido.

Con el esfuerzo de cortar leña se le fue pasando el sueño, pero entonces comenzaron a pesarle los brazos y el sudor empapó su frente. Era una tarea dura, y por muchas veces que le tocara hacerla, Erban nunca lograba acostumbrarse. A cada hachazo se hacía la misma pregunta: ¿Por qué el maldito leñador que le vendía la leña a su tío no la traía ya cortada? Con lo que le pagaban, bien podía molestarse en hacerlo.

Tras mucho cortar y refunfuñar, decidió tomarse un descanso. Sentado al fresco de la leñera, con la espalda apoyada contra los troncos desbrozados, Erban contempló la vieja posada en la que había vivido desde que podía recordar. Era un sólido edificio de dos plantas, con una chimenea de piedra y un tejado a dos aguas que le confería un aspecto acogedor. La fachada trasera daba al patio interior, cercado por un pequeño establo, un corral, un almacén de aspecto ruinoso y la propia leñera.

Dejando a un lado las pesadas tareas que le encargaban sus tíos, aquél no era un mal lugar para vivir. El pueblo, uno de tantos a lo largo y ancho de la Marca, era tranquilo y próspero; y la posada tenía clientela abundante, de tal modo que nunca

faltaba la comida en la mesa ni ropa abrigada para el invierno. Y como sus tíos no tenían hijos ni otros parientes, algún día Erban heredaría la posada y ya no tendría que perder el tiempo cortando leña o acarreando agua.

Pensando en estas cosas tan agradables, Erban cerró los ojos, acunado por la brisa matinal que traía aromas de primavera. Pero antes de que se durmiera por completo, una mano firme le sacudió sin contemplaciones.

—¡Arriba, pedazo de gandul!

Erban se levantó a toda prisa, intimidado por la expresión severa de su tía.

—Sólo estaba descansando un poco...

—¡Tonterías, muchacho, te habías dormido! Si fueras un poco más perezoso podríamos usarte como mesa en la posada —la mujer suspiró con resignación, sin apartar la vista de su sobrino mientras limpiaba sus manos en el trapo que le colgaba del delantal—. Mira, Erban, llevar una posada como ésta exige mucho trabajo. Te acogimos porque eres de la familia, pero ya tienes edad para echar una mano, o mejor las dos.

—¡Sí que os ayudo! —replicó el muchacho.

—Claro que sí, pero te escaqueas en cuanto me descuido. ¡Y ahora no tengo tiempo para discutir! —exclamó, cortando de raíz la protesta de Erban—. Esta noche pasará por aquí una caravana de mercaderes aquíneos, y tenemos mucho que preparar, así que ponte a la faena. ¡Y como te vuelva a pillar durmiendo, no comerás en dos días!

Dicho esto, su tía se marchó a toda prisa de vuelta a la cocina. Como la amenaza era muy seria, Erban cogió el hacha y continuó cortando leña durante un buen rato, sin dejar de lamentarse por tener que estar allí en vez de poder acercarse al río y tumbarse a la sombra de un sauce a disfrutar del buen tiempo.

Después de acarrear la leña hasta la cocina, le tocó ponerse a limpiar las mesas del salón de la posada, atender a las monturas en el establo, ayudar a su tío a entrar varios toneles a la pequeña bodega y un sinfín de tareas más. No fue hasta bien entrada la tarde que pudo por fin escabullirse durante un rato. Con un manojo de hojas de pergamino en una mano y una manzana en la otra, salió furtivamente de la posada y se encaramó al desván del almacén.

En un rincón faltaba parte del tejado desde que una fuerte tormenta lo arrancara de cuajo cuatro años atrás. Como aquel desván sólo servía de trastero, nadie se había preocupado de arreglarlo desde entonces, algo que Erban agradecía de veras porque así contaba con un lugar cómodo en el que podía sentarse al abrigo del viento y al mismo tiempo disfrutar de una buena vista de parte del pueblo.

Cómodamente recostado en un colchón viejo y apolillado, Erban se puso a leer las hojas de pergamino. Al contrario que la mayoría de chicos del lugar, sabía desde bien pequeño leer y escribir. Sus tíos le habían enseñado para que pudiera llevar las cuentas y los registros de la posada algún día; y al mismo tiempo, sin proponérselo, le habían abierto las puertas a multitud de mitos y leyendas fascinantes.

No es que hubiera mucho que leer en un pequeño pueblo como aquél, pero a veces el sacerdote del templo le prestaba algún manuscrito de su pequeña biblioteca, o algún viajero de paso le proporcionaba cuentos de tierras lejanas. Un buen ejemplo de esto eran aquellas hojas de pergamino, que un juglar le había regalado un par de semanas atrás, harto según dijo de contar siempre las mismas fábulas.

Erban, en cambio, las leía una y otra vez con verdadero placer, pues narraban historias de todos los rincones de Helárisos: de Alberanir y sus montañas, de las tierras secas de Kemoia, del poderoso Imperio de Áquiros, de las islas de Targava, de las guerras y proezas de antaño y de los héroes que quizás nunca existieron. Y, por encima de todo, historias de Queitaris, la que llamaban *Ciudad Eterna*, porque existía desde los tiempos de los primeros hombres.

Entre bocado y bocado a la manzana, Erban releyó estas historias y miró a lo lejos a través del agujero del tejado, más allá de las casas del pueblo, del molino y de las riberas del río, fantaseando con conocer lugares exóticos, soñando con navegar el gran mar, el Mesogeis, y visitar costas extrañas.

Pero, como siempre que dejaba volar así su imaginación, no tardó mucho en traerla de nuevo a la realidad. Al fin y al cabo, pensaba, los protagonistas de aquellos cuentos siempre acababan metidos en batallas o algo parecido, y sufrían heridas y dolores terribles o se enfrentaban a peligros tremendos. Demasiado precio por ver mundo, cuando podía sencillamente leer sobre ello sin renunciar a su tranquila vida de aprendiz de posadero. Y si ya le resultaba pesado cortar leña para la cocina, ¿cómo sería viajar durante meses por los polvorientos caminos de Helárisos?

Sólo pensarlo resultaba agotador, así que plegó los legajos y los guardó bajo la camisa, tras lo cual se puso en pie y se asomó por el hueco del tejado. Comenzaba a atardecer, pero todavía era demasiado pronto para que los campesinos volvieran del campo, así que las calles del pueblo se veían casi desiertas. Erban mordisqueó con desgana el último trozo de manzana, y se disponía a arrojar el corazón a lo lejos cuando vio a un chico que se acercaba caminando con paso vacilante por la calle.

Lo reconoció enseguida. Se llamaba Biurno, y tenía quince años, como él. Era

un muchacho extraño, que se pasaba la mitad del tiempo diciendo cosas sin demasiado sentido, y la otra mitad con la vista perdida a lo lejos; todo lo cual provocaba que los demás chicos del pueblo se rieran a menudo de él y le gastaran todo tipo de bromas, algunas ciertamente crueles.

Erban no solía participar en esas burlas, más que nada porque tampoco tenía demasiados amigos entre los chicos del pueblo. En general prefería holgazanear y tumbarse en algún sitio tranquilo antes que matarse a correr de aquí para allá con juegos estúpidos, y además a los otros chicos no parecía sentarles muy bien que Erban supiera leer y escribir y ellos no (algo que él no entendía, ya que a menudo les había explicado con todo lujo de detalles lo interesante que era y lo bien que se le daba).

Pero, además, Erban sentía cierta afinidad por Biurno. Tal vez fuera porque los dos eran huérfanos, y porque los padres de ambos habían muerto por la misma causa: la peste que asoló la Marca quince años atrás, al acabar la Gran Guerra.

Fuera lo que fuese, el caso es que, a pesar de sus rarezas, Biurno era algo parecido a su amigo, y a Erban le apetecía un poco de compañía después de pasarse tanto rato leyendo a solas en el desván, así que en cuanto pasó cerca de la posada, le llamó a gritos.

—¡Eh, Biurno!

El muchacho alzó la vista y le miró con cierta indiferencia.

—¿Qué pasa?

—¿Qué haces?

Biurno se encogió de hombros.

—¿Te apetece que nos acerquemos a la fuente?

Biurno repitió el gesto, que Erban interpretó como un sí. En menos de un minuto bajó del desván y salió por la puerta trasera del almacén, marchándose junto con Biurno calle abajo.

La fuente era en realidad un manantial en torno al cual se había construido un abrevadero de piedra. Solía estar muy tranquila a aquellas horas, pero Erban tenía la esperanza de que se hubieran juntado allí algunas chicas a pasar lo que restaba del día, como solían hacer a menudo en cuanto llegaba el buen tiempo.

Si con los chicos del pueblo Erban no hacía demasiadas migas, las chicas le ignoraban por completo. Eso nunca le había importado demasiado (siempre había pensado que la mayoría eran un poco tontas y no hacían otra cosa que cotillear), pero desde hacía algún tiempo, semejante indiferencia le molestaba, y mucho.

Y sin embargo, la idea de intentar trabar conversación con alguna de las chicas de su edad le resultaba extrañamente vergonzosa, así que de momento se contentaba con mirarlas al pasar y hacerse notar, por más que para sí mismo se dijera que aquello era una tontería. Especialmente cuando ellas le veían y se intercambiaban risitas y murmullos desconcertantes.

De camino a la fuente, los dos amigos pasaron cerca del pequeño templo dedicado a los Dioses de la Tierra, que se alzaba sobre una loma en el extremo del pueblo. Allí había varios árboles centenarios, y una buena vista del gran camino de la Marca Oriental, que pasaba a cosa de un par de kilómetros al norte. Cuando Erban y Biurno bordeaban el edificio de madera, una voz burlona les llamó desde lo alto del árbol más próximo.

—¡Mira quiénes vienen por aquí: el posadero y el loco!

Biurno ni se inmutó. Erban echó la cabeza hacia atrás y vio al hijo menor del molinero encaramado a una rama, haciéndoles gestos groseros.

—¿Por qué no te vas a tu casa, a ver si la muela del molino te arregla un poco esa cara tan fea? —le espetó Erban, enfadado. Aquel tipo le caía tan bien como un hachazo en todo el estómago.

—¡Vete tú, idiota! —replicó el otro—. Tienes trabajo, me parece.

—¿Qué sabrás tú, si no te llega ni para distinguir tu tripón de un saco de harina?

—¡Pues lo sé! Se acerca la caravana de mercaderes.

—¿La caravana? —Erban arqueó las cejas, incrédulo—. No puede ser, no llegaban hasta la noche.

—Si no me crees, míralo tú mismo —insistió el hijo del molinero, señalando hacia el norte, hacia el gran camino. Erban oteó a lo lejos, pero no tenía bastante ángulo de visión, así que se encaramó a uno de los árboles más altos. Biurno fue detrás, y pronto estuvieron los dos sentados a horcajadas en una rama especialmente gruesa.

De un solo vistazo, Erban distinguió la nube de polvo que levantaba un grupo de jinetes. Aparentemente, ese pesado del molinero tenía razón. Sin embargo, había algo extraño en aquella gente que se acercaba al pueblo.

—Corazones oscuros que obedecen a un corazón más oscuro todavía —musitó de pronto Biurno, como en sueños—. Sangre y fuego son su mensaje...

—¡Ahora no, Biurno! —exclamó Erban—. No empieces otra vez con esas tonterías. ¿No ves que por eso te llaman loco?

Su amigo le ignoró y siguió con su retahíla de despropósitos. Erban prefirió no

hacerle caso y siguió mirando hacia el camino. Los forasteros sumaban una treintena, todos a caballo, y se acercaban al galope. Sin duda no eran los mercaderes, porque éstos siempre venían con carros para sus mercancías. ¿Quiénes eran, entonces? A la mente de Erban asomaron imágenes de los cuentos que había estado leyendo antes, imágenes de guerreros y bandoleros, de fieros jinetes moijures y crueles mercenarios alberaníes.

Pero eso no podía ser. No allí, en un pueblecito insignificante de la Marca. Y sin embargo, los forasteros estaban ya muy cerca, y el sol arrancaba destellos plateados a sus cabezas y a sus manos...

Destellos de yelmos, de espadas y lanzas.

—¡Por la Diosa Matis! —musitó Erban, sintiendo un agudo pinchazo de terror en las entrañas. De pronto lo peor de los cuentos parecía convertirse en realidad a las puertas de su misma casa.

—¿Me crees ahora, posadero estúpido?

—Corazones oscuros con manos de hierro, que traen la desgracia a quienes se interpongan en su camino...

Erban jadeó, agarró del brazo a Biurno (cuyas palabras ya no parecían ahora tan absurdas) y bajaron del árbol en dos saltos. Durante un minuto permanecieron allí de pie, el uno paralizado por el miedo y el otro aparentemente absorto, sin prestar atención a las burlas del hijo del molinero. En la mente de Erban sólo había una cosa clara: tenían que huir, debían esconderse en algún lado antes de que aquellos jinetes llegaran. Y debían hacerlo ya.

—¡Vamos! —gritó, tirando de Biurno y arrastrándolo lejos de allí.

—¿Vas a atender a los mercaderes? —preguntó el hijo del molinero con voz guasona.

—¡Corre a tu casa, idiota! ¡Ésos no son mercaderes!

Y los dos amigos se alejaron a la carrera, aunque Biurno no parecía demasiado consciente de lo que ocurría. Azuzado por el miedo, Erban corrió sin rumbo fijo hasta que sus pasos lo llevaron cerca de la posada. Y entonces vio algo que lo dejó clavado en el sitio, tan aterrado que sus piernas temblaron como hojas sacudidas por el viento.

Otro nutrido grupo de jinetes llegaba desde el sur, y estaban tan cerca que los más adelantados ya pasaban junto a las primeras casas del pueblo. Llevaban espadas y antorchas, y cotas de malla enrojecidas por el resplandor del fuego, y lanzaban gritos amenazantes. A un pobre campesino que regresaba del campo y que se cruzó en su camino lo arrollaron sin piedad, al tiempo que algunos de los jinetes comenzaban a

prender fuego a los edificios. Antes de que Erban o Biurno pudieran reaccionar, una antorcha voló por los aires y atravesó una de las ventanas de la posada, seguida de otras dos. En pocos segundos, las llamas comenzaron a devorar el edificio.

Lo que ocurrió después fue peor que la peor pesadilla que Erban hubiera tenido jamás. El fuego se adueñó de todo el pueblo, grandes llamaradas iluminaron el atardecer y arrasaron por completo casas, vidas y recuerdos. Los lugareños corrían por todos lados, algunos tratando de apagar los incendios, la mayoría buscando inútilmente una forma de escapar, mientras los jinetes galopaban por doquier y abatían a todo el que quedaba al alcance de sus espadas.

De algún modo, en medio de semejante caos, Erban y Biurno consiguieron escapar a la vista de los fieros atacantes, aunque no dejaron de oír los gritos y lamentos de la gente, ni los aullidos crueles de los jinetes ante cada persona que mataban.

Cuando quisieron darse cuenta, estaban de nuevo en la loma del templo, casi a las afueras del pueblo. Allí se detuvieron por un instante, y contemplaron el desastre que arrasaba su hogar y sus vidas.

Sobrecogido de miedo y pesar, Erban trató de distinguir algo de la posada, pero el humo lo cubría todo y le escocía en los ojos, arrancándole unas lágrimas que no necesitaban de ningún estímulo para brotar. Hasta Biurno parecía tremendamente abatido, y guardaba un silencio más sentido que nunca.

—Esto no puede estar ocurriendo...

La voz de Erban se quebró. Aquello era tan real que negarlo no servía de nada. Se quedó allí quieto, tan horrorizado que apenas sintió que Biurno le tiraba de la manga.

—No conviene que nos quedemos aquí.

Erban asintió, y entonces distinguió a un puñado de jinetes que galopaban hacia el templo... y hacia ellos. ¡Les habían visto!

—¡Maldición! —exclamó Erban. El miedo dio alas a sus pies, y salió corriendo, con Biurno pisándole los talones. Pero no podían escapar a pie de unos hombres montados a caballo, por lo que, desesperados, trataron de esconderse en el templo. Por fortuna, la pequeña portezuela lateral estaba abierta, así que los dos se precipitaron al interior.

El templo no era muy grande, sólo una sencilla nave con techo de vigas cruzadas, sostenido por gruesos pilares de roble. Allí reinaba una atmósfera de silencio y quietud que contrastaba con el desastre de fuera. Erban se adentró en el lugar, deseando que los Dioses a los que estaba consagrado el templo les protegieran. Pero las

figuras solemnes que adornaban los muros y el altar no parecían muy dispuestas a ayudarles.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Erban en voz alta. Su voz hizo eco entre las vigas del techo, sin obtener respuesta. Se volvió para mirar a Biurno, pero su amigo ya no estaba allí.

—¿Biurno? —llamó con un hilo de voz—. ¿Dónde te has metido? ¡Biurno!
Silencio.

«Debe de haberse escondido», se dijo, aunque no las tenía todas consigo. ¿Y por qué se había esfumado así, sin decir nada? Lo mejor que podía hacer era intentar encontrarlo.

Pero entonces el portón principal del templo retumbó con un fuerte golpe; y luego otro, y otro más, y al siguiente se quebró el cerrojo y el portón se abrió de par en par. Un puñado de hombres armados apareció en el vano, blandiendo espadas y antorchas. Erban dio un grito y corrió a esconderse tras el altar, agazapado y tembloroso porque sabía que no tenía escapatoria.

—¡Quemadlo todo! ¡Matad al muchacho! —gritó una voz fría y algo chirriante.

Resonaron los pasos de muchas botas sobre el suelo, y se escuchó el crepitar del fuego que prendía la madera de la que estaba hecho el templo. Erban se acurrucó en su inútil escondrijo, tan aterrado que no acertaba ni a rogar por su espíritu.

—¡Ya te tengo!!

Erban alzó el rostro, tiznado por el humo de los incendios, y vio a un hombre que se inclinaba hacia él y le miraba con ojos saltones. Su espada estaba manchada de rojo. Con un gruñido de cruel satisfacción, el hombre la blandió para atravesarle de parte a parte.

Pero su expresión ufana se transformó de pronto en otra de dolor justo antes de derrumbarse sobre Erban, quien alcanzó a distinguir el destello plateado de una espada y el fugaz revuelo de unos cabellos oscuros antes de que todo el peso de aquel tipo, coraza incluida, le cayera encima.

Erban pataleó y peleó por salir de debajo del muerto, mientras escuchaba los gritos, ahora alarmados y coléricos, de los jinetes. Cuando por fin logró librarse y pudo mirar por encima del altar, buena parte del templo estaba ya en llamas y el humo comenzaba a cubrirlo todo. Pero a pesar de ello pudo distinguir una figura solitaria que se batía con cuatro o cinco de aquellos hombres con una ferocidad increíble. Iba armada con una espada corta y de hoja ondulada, una falcata que se volvía borrosa en sus

manos, trazando veloces círculos para abatir a sus contrincantes.

Mientras tanto, el fuego seguía avanzando vorazmente, como animado por arte de magia. Uno de los pilares crujió, y parte del techo comenzó a ceder. Una viga se desplomó con estruendo, y otras se movieron amenazadoramente. Erban supo que debía aprovechar la oportunidad o jamás saldría de allí con vida.

Tosiendo a causa del humo, abandonó el altar y buscó casi a tientas la portezuela, tratando de esquivar las llamaradas del incendio. Por un momento pensó en Biurno, que tal vez estaba atrapado por allí cerca, pero nada podía hacer por él. Siguió adelante, escondiéndose tras las pocas columnas que todavía seguían intactas, y por fin alcanzó la portezuela. Entonces vio que había alguien allí, esperándole.

—¿Vas a alguna parte, muchacho?

Era uno de los guerreros, el de la voz chirriante que había ordenado su muerte. Erban apenas podía distinguir detalle de su rostro, pero alcanzó a ver entre volutas de humo algo de sus rasgos despiadados, y un brillo de desprecio en los ojos que el fuego pintaba de púrpura.

—Tu camino acaba antes de empezar, *Kairnós*.

El guerrero hizo ademán de alzar su espada para atacarle. Pero entonces, por encima del crepitar del fuego se escuchó un silbido, y una daga pasó volando limpiamente sobre el hombro de Erban y se clavó en el vientre del guerrero. Éste se encogió de dolor y se hizo a un lado, y antes de que Erban pudiera reaccionar, una mano fuerte lo cogió del cuello y lo arrastró hacia la puerta, que se abrió de una patada.

—¡Corre, necio! ¡Por tu vida, corre!

Erbán no necesitaba que se lo dijeran. Corrió con todas sus fuerzas, como nunca antes lo había hecho. Corrió hasta que el dolor atenazó sus piernas y el aliento se le escapó del pecho. Tras él corría su salvador, todavía sujetándole del hombro, guiando sus pasos hasta que el pueblo en llamas quedó atrás y la caída de la noche los encontró al amparo de los árboles de un bosque cercano al río.

Allí se detuvieron por fin. El desconocido miró hacia atrás para asegurarse de que no los seguían, limpió la falcata con el borde de su manto y la enfundó con elegancia. Acto seguido cogió a Erban de los hombros y lo miró cara a cara.

La escasa luz que todavía emborronaba el horizonte dibujó unos rasgos decididos, marcados a fuego en la piel morena. El cabello, largo y oscuro, se recogía en una cola de caballo que caía por su hombro, salvo dos mechones rizados que adornaban sus sienes. Y sus ojos, de un verde casi transparente, le miraban con enorme

concentración. Su salvador era una mujer, la más extraña que Erban había visto jamás.

—¿Te encuentras bien?

Su voz sonaba algo ronca, pero amable. Atónito, Erban apenas pudo asentir. La mujer dejó escapar un suspiro y le sonrió.

—Ha sido por un pelo, pero lo conseguí. Estás a salvo para cumplir tu destino.

Y ante el profundo asombro de Erban, la mujer se arrodilló e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Yo te saludo, *Kairnós*, el Elegido que restaurará el equilibrio del Mundo.